

### 3. MÁS SOBRE LA SOMBRA DE MOISÉS

Con el evangelio de Mateo como guía, hemos comenzado la tarea de abrirnos al trasfondo judío que los miembros de la actual generación cristiana necesitamos conocer para entender el significado general de los evangelios. Es necesario conocer este trasfondo por la sencilla razón de que los evangelios son libros judíos, escritos por autores judíos para comunidades judías. Por eso utilizan símbolos judíos e imágenes judías, porque se basan en las Escrituras judías antiguas para interpretar la vida y el significado del judío Jesús de Nazaret. Si no entendemos este contexto judío, la tendencia de buena parte de los lectores modernos será tratar a estos evangelios como relatos literales de cosas que realmente ocurrieron, tal cual. Y, sin embargo, nunca se escribieron para ser leídos así.

Empecé este estudio de Mateo mostrando la sombra de la figura de Moisés en los primeros capítulos de este evangelio. La figura de Moisés dominaba dichos capítulos, pero su nombre nunca se mencionaba. Sin embargo, para aquellos que podían entenderlo, Moisés era la plantilla sobre la que Mateo estaba contando su historia de Jesús. Nos fijamos en la primera historia de trasfondo mosaico del evangelio de Mateo: el relato sobre el rey Herodes que hace que sus soldados vayan a Belén y maten a todos los niños judíos de hasta dos años en un vano intento de destruir al mesías prometido de Dios. Cuando Moisés nació –leemos en el libro del Éxodo–, un rey llamado “Faraón” mandó que, en todo Egipto, se matase a los bebés varones judíos, en un intento mitológico de destruir a aquel que Dios había prometido que liberaría al pueblo judío de las cadenas. Así que Mateo envolvió la historia de la infancia de Jesús con el relato de los orígenes de Moisés. Los lectores originales de su evangelio lo entenderían así. Tal fue el primer ejemplo del papel implícito de Moisés, como pista para interpretar el relato de Mateo acerca de Jesús. No sería el último. La sombra de Moisés aparecerá una y otra vez a media que este evangelio prosiga su curso.

Nos fijamos después en el bautismo de Jesús en el Jordán, que Mateo vinculó a la experiencia de Moisés en el Mar Rojo. Moisés separó las aguas terrestres, mientras que Jesús, el nuevo Moisés, separó las aguas del cielo. Entonces, las aguas de arriba cayeron sobre él como Espíritu Santo. Así, el bautismo de Jesús se puso en paralelo con la experiencia de Moisés y del Mar Rojo. La fuerza de Moisés, como figura a partir de la cual interpretar a Jesús, proseguía su obra. Y no se detendría ahí. ¿Qué hizo Moisés después de su experiencia “bautismal” en el Mar Rojo?

Leed el libro del Éxodo y descubriréis que Moisés y su pueblo vagaron por el desierto durante cuarenta años, tratando de averiguar qué significaba ser el “Pueblo Elegido” de Dios. Para los hombres y las mujeres modernos, guiados por el sentido práctico, este ir de acá para allá en el desierto, como en un limbo, es algo extraño. Pero hemos de fijarnos en el modo en que los evangelistas tratan esta historia de la Tora. Después de que Jesús tuviese su propia experiencia del Mar Rojo en el río Jordán, Mateo nos dice que también Jesús vagó por el desierto, aunque no durante “cuarenta años” sino sólo durante “cuarenta días”, tratando asimismo de averiguar qué significaba ser el Mesías elegido por Dios, aquel al que Dios había llamado “mi hijo amado, en quien me complazco”. Marcos, que escribió el primer evangelio, dice simplemente que Jesús

permaneció en el desierto durante cuarenta días, siendo tentado en él por el diablo, pero no dice nada sobre el contenido de las tentaciones. Mateo, en cambio, sí que nos dice algo de ellas y esto nos permite entender un poco mejor su mentalidad. Conoceremos su mentalidad si buscamos la fuente de lo que Mateo nos dice acerca de dichas tentaciones. Una lectura atenta de la historia de Moisés en la Tora nos facilitará la comprensión.

Descubrimos entonces que, durante los cuarenta años que Moisés estuvo en el desierto, tuvo que hacer frente a tres situaciones críticas. La primera tuvo que ver con la escasez de alimento. Moisés planteó a Dios el problema y Dios respondió haciendo llover sobre los hambrientos israelitas el pan del cielo al que se llamó “maná” después. En la época final de la composición de la Tora, la historia del “maná” se refinó a fin de adaptarla a la piedad judía. El maná sólo seis días a fin de evitar que tanto Dios como el pueblo violasen la prohibición de trabajar en sábado, tanto con el envío como con la recogida. Esto también hizo que se incorporase a la mitología bíblica la imagen de un Dios capaz de aumentar o de multiplicar los alimentos: un tema que se haría visible en las historias de Elías y Eliseo y que también aparecerá en la tradición de las comidas milagrosas que Jesús ofrece a la multitud a partir de una reducida cantidad de pan y de pescado. En todo caso, Dios responde al hambre del pueblo que Moisés conduce por el desierto enviando pan del cielo.

El segundo momento crítico para Moisés vino como consecuencia de otra crisis. Esta vez tenía que ver con la escasez de agua. En respuesta, Moisés se atrevió a poner a prueba a Dios en un lugar llamado Meribá. Moisés, frustrado ante la peligrosa escasez de agua, golpeó una roca con su cayado y exigió que Dios hiciese manar agua de ella. Según el relato antiguo, Dios obedeció a Moisés para no humillar al líder que había elegido, pero no quedó contento. Ningún humano ordena a Dios que cumpla su orden. Moisés pecó y la Tora lo dejó claro. Su castigo fue no poder entrar en la Tierra Prometida. Podría contemplar el destino final pero no entrar en él, porque nadie pone a prueba a Dios. Moisés murió en el desierto viendo inconcluso el trabajo de su vida en cierto modo.

El tercer momento crítico de Moisés, en estos cuarenta años en el desierto, fue el episodio conocido como del becerro de oro. Moisés se había retirado lejos de su pueblo durante un tiempo, presumiblemente para conferenciar con Dios en la cima del Sinaí. Entonces, el pueblo se sintió abandonado y empezó a intranquilizarse. Así que, siguiendo instrucciones de Aarón (que además de sumo sacerdote era hermano de Moisés), el pueblo reunió todas sus joyas de oro: brazaletes, anillos, collares y cadenas, y Aarón las fundió para confeccionar la imagen de un becerro, al que proclamaron “Dios” del pueblo. Luego se postraron ante el becerro de oro adorándolo, mientras decían: “Este es el Dios que nos sacó de Egipto”. El pueblo había pasado de adorar a Dios a adorar a algo que era menos que Dios. Cuando Moisés regresó, destruyó el becerro y decretó una inmediata purificación del pueblo.

Cada uno de estos tres momentos críticos tiene sus propias consecuencias. El caso es que, en ellos, Moisés se enfrentó al hambre, puso a prueba a Dios y vio al pueblo adorar a una imagen que no era Dios. Mateo conocía estas historias de la tradición y de nuevo envolvió en ellas el recuerdo de Jesús, lo cual ya no es una sorpresa para nosotros. Con ello pretendió mostrar que la presencia de Dios en Jesús superaba a la

presencia de Dios en Moisés, el héroe más santo de la historia de fe judía. Y esta fue su audaz afirmación. De modo que, si Moisés tardó cuarenta años en atravesar el desierto, Mateo hizo que Jesús lo hiciese sólo en cuarenta días, durante los cuales salió triunfante de las mismas crisis que tuvo que afrontar Moisés.

La primera de las que Mateo llamó “tentaciones” de Jesús, la planteó la escasez de comida. “Haz que estas piedras se conviertan en pan”, le incita el tentador. Pero Jesús resistió. “No sólo de pan vive el hombre”, respondió, pues los estómagos llenos no hacen seres humanos plenos. La segunda tentación tuvo que ver con poner a Dios a prueba: “tírate desde el pináculo del templo y haz que Dios se ponga a tu servicio”. El tentador cita además la Escritura para hacer más atractiva su tentación: “Porque está escrito que Dios te encomendará a sus ángeles, y estos te llevarán en volandas para que tu pie no tropiece con piedra alguna”, le dijo a Jesús. Pero éste le respondió: “No tentarás al Señor, tu Dios” ni tampoco le pondrás a prueba. Y por último, también la tercera tentación sigue el patrón de las de Moisés. El tentador invita a Jesús a inclinarse ante él y adorarlo, con la promesa de darle todos los reinos del mundo. Y Jesús, siguiendo el guión mosaico que Mateo sigue, responde tajantemente que sólo Dios era digno de adoración, y no cualquier otra criatura.

Moisés, que, en sus cuarenta años en el desierto, miró de entender qué significa ser “el pueblo elegido”, se vio sometido a tres momentos críticos. Jesús, que también quiso entender qué significaba ser el “Mesías” (el libertador elegido de Dios), se vio sometido asimismo a tres tentaciones en sus cuarenta días en el desierto. El contenido de sus crisis respectivas fue el mismo. Y esto no fue una coincidencia ni el relato fue algo a interpretar literalmente. Todo responde a una forma de judía de contar historias, que sirve para interpretar y descubrir el sentido de las cosas. Mateo anuncia la llegada de un nuevo Moisés y, para dejar claro lo que esto significaba, envuelve el recuerdo de Jesús con relatos archisabidos acerca de Moisés. Desde su nacimiento hasta sus momentos críticos en el desierto, pasando por la peripecia del Mar Rojo. No es una biografía lo que escribe Mateo. No es que Mateo escriba un informe objetivo sobre la vida de Jesús. Mateo sabía lo que hacía, y también los primeros destinatarios de sus palabras sabían lo que leían o escuchaban. Mateo quería que se llenasen de un sentimiento de asombro, de admiración e incluso de adoración. “Escribo –si me permitís que lo parafrasee– para hablaros de aquel en quien se cumplieron nuestras Escrituras; aquel en el que Dios estuvo presente como nunca lo había estado antes, en ningún otro ser humano, ni siquiera en el más santo, es decir, en Moisés, que ocupa la cima de nuestras tradiciones. Escuchad mi historia. Es una historia judía, y es de gran importancia.

En la medida en que los lectores actuales de los evangelios fuesen conscientes de la forma judía en que se contaron las historias que ellos contienen (y que es la forma de hacerlo Mateo), oirían y entenderían. Otra cosa es que asientiesen o no. El literalismo y el fundamentalismo surgieron en el Cristianismo cuando la Iglesia Cristiana dejó de estar compuesta principalmente por judíos. El fundamentalismo nació cuando la ignorancia de los gentiles hizo imposible que entendiesen el carácter judío de los relatos de Mateo sobre Jesús. Así que el fundamentalismo es, como yo digo, una “herejía gentil”. En la continuación de la serie, dirigiremos nuestra atención al “Sermón del monte”. Y en su trasfondo aparecerá, una vez más, la figura de Moisés.

— *John Shelby Spong*

[ © [www.ProgressiveChristianity.com](http://www.ProgressiveChristianity.com) ]